

Encuentro con el mundo de los espíritus en el proceso de curación

Entrevista de Jacques Mabit por Alberto Dubbini, Centro Takiwasi, agosto 2018¹.

- **Buenos días Dr. Mabit, ¿puede hablarnos de su vivencia del encuentro con los espíritus?**

Es una pregunta muy larga, muy amplia, ¿no? Bueno, yo soy médico occidental, francés y cristiano inicialmente, no cien por ciento, pero educado en ese contexto en todo caso. Católico desde mi infancia con momentos, como todo joven en la adolescencia, de pelea con la Iglesia, pero sin nunca romper totalmente. Tanto en el mundo de la ciencia, de la medicina como en el mundo cristiano católico convencional eso de la existencia de los espíritus prácticamente no existe, de ello nunca se trata, nunca se habla.

Entonces yo vine acá en el Perú en 1980 a trabajar durante 3 años como médico en un pequeño hospital del sur del Perú y me encontré con las medicinas tradicionales andinas primero. Luego, desde hace 32 años, con las amazónicas, en contacto con los curanderos, las parteras, los sobadores, los hueseros y diferentes practicantes de la medicina tradicional. Aparecía en sus discursos la evocación de “contactos”, por así decirlo, con el mundo invisible. Se referían a este mundo invisible como fuente de su conocimiento o su sabiduría, y de sus prácticas de sanación.

En el mundo andino, tuve el primer contacto con una partera indígena quechua que había dado a luz a casi todo el pueblo. Le pregunté de dónde venía su conocimiento, porque vi que era muy eficaz, muy acertada en sus diagnósticos, lo que pude averiguar clínicamente. Yo me imaginaba que tenía sus conocimientos por tradición familiar, de su madre, de su abuela... Ella me dijo que todo su conocimiento venía del hecho de que cuando estaba en las alturas de la puna con sus animales, llamas y ovejas, hubo una tormenta eléctrica, y recibió un rayo, fue fulminada por un rayo... perdió conocimiento, pero no murió y cuando despertó de esta inconsciencia... ¡ya sabía curar! O sea, su conocimiento no venía de su madre ni de su abuela, ni de alguna capacitación humana sino directamente de una experiencia de “alteración de la consciencia”, por decirlo de alguna manera... ¿Cómo podía entender eso como occidental? Por una parte, a nivel clínico, yo veía que era realmente eficaz. Además, era una vecina que frecuentaba y sabía que no era una loca, una persona delirante, sino una persona humilde, totalmente normal. Y de otra parte me afirmaba con toda tranquilidad y sencillez que todo lo que sabía procedía de una experiencia de muerte inminente o NDE (Near Death Experience) como se suele llamarlo.

Tuve después otra experiencia que me marcó bastante. Me trajeron al hospital un niño de 7 o 8 años, inconsciente, en estado de coma, que no respondía a los estímulos. Yo lo examino y no le encuentro nada. Le hago una punción lumbar y no le encuentro nada. No hay infección, ni meningitis, ni lesión nerviosa. No tengo explicación, no sé qué tiene. Era un pequeño hospital en la Sierra que no tenía ninguna de las técnicas modernas a disposición. Con el examen clínico y análisis básicos de laboratorio, no le encuentro nada. Entonces decido guardarlo en el hospital en observación con simple hidratación intravenosa. Y pasa un día, dos días, tres días, el chico está igual, ni peor ni mejor. Los familiares empiezan a dudar de mi capacidad como médico, “el doctor no hace nada”, y yo no sé qué hacer. No le voy a poner un tratamiento antibiótico, por ejemplo, por gusto. Empecé entonces a escuchar a los familiares para conocer su opinión y propia explicación de lo sucedido. Conversé con ellos mediante una enfermera quechua-hablante que podía acceder a su mundo cultural. Me dice que para ellos eso pasó cuando el niño estaba jugando en el patio y se cayó, y la Tierra, la Pachamama, le chupo la energía, le absorbió su fuerza vital, por lo que estaba como desvitalizado, con la batería en cero. Para ellos eso era la causa de su desvanecimiento. Como me encontraba un poco desesperado, sin respuesta, sin diagnóstico y que se disponían a sacar al niño del hospital viendo que no podía hacer nada, me pongo a pensar en la noche en qué puedo hacer partiendo de su propia lógica. Ya que no tengo ningún argumento

¹ Transcripción literal de la forma oral, con las aproximaciones y limitaciones de este tipo de ejercicio.

racional o científico, decido razonar en base a su hipótesis, o sea una pérdida brusca de una energía vital, sea lo que sea. ¿Hay que devolverle la energía, y cómo devolverle la energía?

Pensé que tal vez poniendo bolsa de agua caliente en los pies, en el plexo solar, el calor podría restituir algo de esta energía pérdida, siguiendo esa lógica de ellos. Como no sabía qué hacer, decidí intentar. Era un pequeño hospital y no teníamos casi ningún recurso técnico, entonces teníamos que improvisar con lo que se tenía a la mano. Hice eso y recé esta noche... porque si no funcionaba, ¿qué más se iba a hacer?

Al día siguiente, el niño reaccionó y abrió los ojos, como despertando de un profundo sueño, todavía con poca energía, pero ya no en estado de coma. Seguí con ese tratamiento y empecé de a poco a alimentarlo. Empezó a moverse, a comer... Y en pocos días, con esas simples bolsas de agua caliente, el niño recuperó totalmente. Y ello me hizo una buena propaganda en el pueblo porque decían que “el doctor lo había salvado”. El niño me siguió visitando durante toda mi estadía en Lampa.

Si bien me interesan los debates teóricos, como médico prima la experiencia clínica. En estas circunstancias, la lógica local había dado resultado. Forzado por la situación, yo había aceptado salir de mi lógica integrándome a la suya, y fue muy importante, tanto en romper mis propios esquemas como en mi relación con los quechuas indígenas de la zona.

Este tipo de experiencias, y muchas otras más (no puedo contar todas las anécdotas), me pusieron en contacto con el hecho que esa otra lógica que otra cultura me planteaba, tenía cierto grado de coherencia, era congruente con la realidad, funcionaba. ¿Ahora, yo como occidental, ¿cómo podía entender eso?

Cuando vine acá a la Amazonia, se amplificó este reto. Yo me contacté con curanderos mestizo e indígenas con la intención de aprender a través de mi experiencia personal. No quería solamente que me cuenten su conocimiento sino experimentarlo, verlo desde adentro. Porque de hecho los curanderos tienen un discurso muy pobre en lo racional que me dejaba insatisfecho. Cuando por ejemplo se le pregunta a uno porqué o cómo tal planta cura, responde diciendo ¡“porque tiene una fuerza curativa”! Y con eso uno no progresa mucho.

Es que la expresión verbal de los curanderos es de tipo metafórico. Utilizan imágenes, lo que es propio del lenguaje del hemisferio derecho del cerebro. Y, como todos los occidentales, yo estaba adiestrado más que todo en usar el cerebro izquierdo, el lenguaje racional. Entonces contacté a muchos curanderos y siempre les preguntaba si yo, como médico occidental, podía experimentar y así aprender su medicina. Y me decían: “sí, pero si tú quieres aprender, nosotros no te vamos a enseñar, quien te enseña son las plantas, porque las plantas te hablan. Tienes que tomar las plantas, ahí recién vas a entender. Las plantas te hacen ver como en un televisor”. Y ¿qué quería decir eso para un occidental? Nunca ninguna planta me había hablado. Tenía dificultad en imaginarme como podía ser este tipo de enseñanza.

Y finalmente decidí que, si yo quería realmente conocer esta medicina, tenía que seguir otra vez la lógica de ellos. Eran los especialistas. Me di cuenta que si empezaba a racionalizar y funcionar desde mi lógica, no me iba a servir de nada. Entonces debía dejar de lado temporalmente todos mis criterios científicos, mis categorías conceptuales y aceptar hasta lo más “irracional” para mí. Si me decían de pararme cabeza abajo, tenía que hacerlo... Y, luego de un tiempo tres meses o seis meses, volver a mi realidad, a mi lógica, tomar distancia y analizar lo sucedido según mis rejas de lectura habituales, evaluar si había aprendido algo, si era coherente, cómo me encontraba.

Empecé entonces a tomar la ayahuasca con un curandero acá en Tarapoto. Me proyectó en un mundo totalmente desconocido, en un estado alterado de conciencia, con visiones, un mundo visionario. Fue una experiencia fundadora para mí y luego para Takiwasi.

En la primera sesión tuve tanto miedo que me bloqueé, no pasó nada. Nunca había tomado sustancias, nunca había consumido drogas, entonces estaba muy asustado. Al final, me sentí un poco estúpido cuando me di cuenta que me había dominado el miedo. Los pacientes locales que estaban en la misma

sesión y que había visto llorar, vomitar, gritar, se encontraban alegres y riéndose. Yo no había podido franquear el umbral. No podía quedar con esta sensación de fracaso.

Volví a los 2 días a tomar de nuevo con el mimo curandero y ahí no tuve tiempo de tener miedo. Fui proyectado bruscamente en un estado de conciencia totalmente nuevo y no podía controlar nada. Tenía visiones, pero no era como una visión distante en una pantalla, estaba viviendo la visión, yo vivía en esta realidad visionaria.

En esta sesión me encontré con una boa gigante negra que empezó a luchar conmigo, a enroscarme y me asustó porque era una vivencia muy real. Y me jalaba hacia el fondo en un abismo oscuro, sin límite. Era algo muy asustador, terrorífico. Y yo luchaba y luchaba y no podía dominar la boa, ella me dominaba. Eso fue muy angustiante y duró una eternidad para mí. Ahí se pierde la noción del tiempo.

Estaba totalmente absorbido por la experiencia, por esta lucha de vida o muerte. Me di cuenta poco a poco que no podía superar esta fuerza letal y que me iba a morir. Entonces pasaron por mi cabeza todos los pensamientos propios de alguien que va a morir.

La cólera. “Que estúpido porque no me quedé tranquilamente a tener un consultorio en Francia en lugar de meterme ahí, eso es un tóxico, no es para occidentales, es solo para indígenas”. Después la tristeza. ¿Qué iba a ser de mis padres que se iban a enterar mañana que su hijo se había muerto tomando una planta con indígenas? Vi el ataúd, la gente que iba a mi funeral... Remordimientos por todo lo que no había hecho o dicho antes de morir. Seguía la lucha y poco a poco la muerte me apareció como un hecho ineluctable. Mi suerte estaba echada. Era así y punto, no había salida.

Entonces vino la aceptación. Aceptar progresivamente la idea de que mi vida terminaba así. No había más que decir ni más que hacer, solo aceptar.

Y luego me di cuenta que a pesar de todo la vida iba a seguir. Tanto para mi familia, una vez pasada la tristeza, como para la gente de acá, de Tarapoto. Tal vez iba a salir en el periódico que un francés había muerto tomando ayahuasca e iban a decir “ah” y después ir a tomar su desayuno. No iba a cambiar la vida de nadie, ni afectar a mucha gente, ni menos a la sociedad en general ni al mundo entero. Entonces poco a poco vino la aceptación total: es así.

A este momento, me atravesó una frase, que salía de mí, pero como viniendo de un más allá de mí, y dije interiormente: “Jacques no tiene importancia”. Una especie de evidencia patente que el mundo no me necesitaba y podía vivir sin mí, que no tenía ninguna importancia de por mí mismo. Y repetí esta frase tres veces con una autenticidad absoluta porque ya me despedía de este mundo.

“Jacques no tiene importancia, Jacques no tiene importancia, Jacques no tiene importancia” Tres veces...

A la tercera vez, sorprendentemente, la boa me soltó repentinamente y desapareció. Y me di cuenta de que ya no iba a morir. No lo podía creer. Me encontraba todavía en el fondo del abismo, pero libre y capaz de volver a la superficie.

Y me vinieron un montón cosas en la mente... Podía vincular esta falsa “importancia” que tenía con una cantidad de eventos y situaciones de mi vida. Se esclarecían comportamientos y relaciones, lo que había pasado hasta entonces. Llegue a darme cuenta cómo antes de eso me daba importancia y cómo eso se había manifestado en mi vida social, profesional, familiar, amorosa. En fin, aparecieron las numerosas ramificaciones de esta creencia egótica sobre mi propia importancia, cómo manejaba inconscientemente mi comportamiento.

Volvía de a poco a la superficie, salía por etapa de este abismo como un buceador que remonta del fondo del mar. Y me acercaba a la consciencia ordinaria. Todavía asustado, pensaba: “Nunca voy a tomar más ayahuasca, no es para occidentales”. Y de nuevo tenía asociaciones y comprensiones y me

fascinaba esta claridad mental. Y subía un piso más arriba, con otras reservas menores y otras asociaciones. Hasta llegar a la superficie, a la consciencia, volver en esta sala donde acababa de realizarse una sesión de ayahuasca. Tuve entonces la sensación realmente de un descubrimiento fenomenal, y dije: “Eso es lo que buscaba”. Lo que buscaba sin saberlo. La verdad sobre mí mismo.

Esta boa es el espíritu de la ayahuasca. La manera cómo se visualiza. La que me llevó a este combate, esta lucha... y a esta toma de consciencia tan importante. Dominó mi ego. Una forma de muerte del ego, una muerte parcial porque realmente nunca muere, pero una primera muerte. Con el premio de una liberación increíble. Al final yo había entendido más cosas en una sola noche que todo lo que antes había podido reflexionar, leer o pensar.

Una medicina fuerte que abarca el cuerpo, la efectividad y la espiritualidad, el sentido de la vida y de la muerte.

Ese fue el primer encuentro con el espíritu de la ayahuasca.

Seguí tomando y en la octava sesión de ayahuasca, tuve otra vivencia fundadora para Takiwasi. Me vi en la selva, de pie delante de 12 personajes sentados en semicírculo, con apariencia de indígenas. Me parecía ser como un estudiante delante de un jurado de universidad. Era impresionante. Me hablaron, diciéndome “Somos los espíritus guardianes de la selva”. No había nunca escuchado hablar de ello, era una cosa imaginable para mí, fuera de mi cultura. Añadieron “¿Tú, por qué tomas ayahuasca?”. Me sentía muy impresionado y les contesté que quería aprender esta medicina. Entonces se consultaron entre ellos y finalmente él que estaba en el centro, como el presidente del grupo, me dijo: “Tú estás autorizado a entrar en este territorio”, esa fue la frase exacta que se me quedó y me dio desde entonces una sensación de legitimidad en lo que hago. Y agregó: “Tú puedes entrar, pero tu trabajo, tu camino va a pasar por esto”, y entonces yo me veo a mí mismo curando personas adictas, toxicómanos. Fue una sorpresa total porque no es algo que había pensado hacer ni me interesaba especialmente el tema. Tampoco había consumido drogas, ni tomaba alcohol ni fumaba tabaco. Me había emborrachado una sola vez con cerveza y me había sentido pésimo. Tampoco tenía problemas de adicción o alcoholismo en mi familia directa.

Todo el proyecto del Centro Takiwasi ha sido fruto de esas vivencias. Aunque me resistí inicialmente a emprender esta aventura porque no me gustaba la idea. Lo veía muy complicado, exigente, fuera de mis intereses. Me demoré 3 años en decidirme luego de otra sesión de ayahuasca retardora.

No tenía idea de cómo y dónde hacer un centro, quien me iba a ayudar, con qué fondos... Pero luego constantemente tuve indicaciones, en estado modificado de consciencia inducido por plantas, en sueños o en la misma vida cotidiana a través de sincronicidades.

Por ejemplo, cuando buscaba un sitio donde podía establecer este centro, visité diversos lugares. Entre ellos había un terreno abandonado, próximo a la ciudad y cerca de la quebrada del río Shilcayo. En sesión de ayahuasca se me dice “este es el sitio”. Entonces voy a ver a la dueña y le digo que quiero comprar el terreno. Me dice “no, no está en venta, no quiero venderlo”. Parecía contradecir lo que había escuchado en sesión de ayahuasca. Vuelvo entonces a tomar ayahuasca, cuestionando la indicación recibida. Esta vez se me indica: “Espera, ella misma, la dueña, te va a buscar”. Entonces espero y efectivamente a los 2 meses me busca esa señora y me dice que le habían ofrecido comprar una farmacia en Lima, un negocio interesante que no quería perder, pero no tenía suficiente capital. Lo único que le quedaba era vender el terreno... Y en 8 días ya lo tenía.

La confirmación en los hechos demuestra la coherencia de todas esas inspiraciones porque yo también era muy escéptico. La sugestión o la imaginación no pueden dar cuenta de esas coherencias reiteradas. Esa congruencia con la vida cotidiana señala que en este mundo invisible impera una gran inteligencia. Y no se puede tratar solamente de fenómenos del inconsciente personal ya que inicialmente contradice las expectativas propias. No quería morir en la primera sesión ni atender adictos en la octava... es sorprendente, contradice las expectativas y a la vez demuestra coherencia con la vida cotidiana.



Y ahí está Takiwasi con 25 años de existencia. Y seguimos siempre pobres, pero esperanzados en esta providencia que nunca nos ha fallado, aunque poniendo a prueba nuestra confianza.

Poco a poco se ha ido enriqueciendo esta cartografía del mundo invisible. A mi manera, diría que cada elemento de la creación sensible está presidido por una entidad tutora, un espíritu o mejor dicho una presencia angelical. Se trata del mundo intermedio, el mundo de la creación invisible. Con los sentidos percibimos los minerales, los vegetales, los animales, el cosmos y el ser humano. Existe otra dimensión que es la creación invisible para nosotros en estado ordinario de conciencia. Este mundo invisible está poblado de seres también creados, pero incorpóreos, que no tienen existencia física o material, pero sí están dotados de inteligencia, libertad, voluntad y presiden a todos los elementos del mundo físico. Así existe un espíritu para cada gruta, río, árbol y todos los elementos de la creación natural. También existe para cada complejo como una persona, para cada ciudad, cada país, cada institución como Takiwasi, cada familia. Pero también un espíritu o ente angelical preside a las funciones psíquicas, a las emociones, que no son propiamente cosas materiales, pero participan de la encarnación. Así existe un ángel de la bondad, un ángel del perdón, del amor, de la amistad, etc. Pero también existen entes espirituales que presiden a lo que percibimos como negativo: ángel de la cólera, de la rabia, o espíritu del incesto, del suicidio, etc. En la tradición se llaman malos espíritus, ángeles negros o demonios.

Todo está presidido por seres del mundo intermediario, digo intermediario porque se ubica por encima de la creación y por debajo de la divinidad. Y este mundo de los espíritus es dual, es blanco o negro, hay bueno o malos espíritus. Más bien, en nuestra realidad humana, no somos totalmente buenos ni totalmente malos, ni blancos ni negros sino grises, hay una mezcla, somos ignorantes, hasta cierto punto no sabemos lo que hacemos. En el mundo espiritual, intermediario, los espíritus sí saben, se someten o no a la divinidad.

Cuando empecé a tomar, poco a poco a aprender y luego a curar, pensé inicialmente que la medicina era realmente medicina pura y que toda negatividad procedía de mí mismo o de otras personas. Mi objetivo era usar las plantas para ayudar a la gente a nivel psicológico, emocional, relacional. Pero rápidamente me di cuenta que había inevitablemente un encuentro con estos seres espirituales. Con los seres buenos, los ángeles, no había problemas, al contrario. Pero el encuentro con demonios o malos espíritus me planteó un fuerte reto. Y fue patente que muchas personas estaban enfermas porque estaban parasitadas o contaminadas de alguna forma con entidades malévolas, malignas. El trabajo de limpieza, de sanación consistía entonces en expulsarlos, exorcizar. A mí no me gustó nada de eso, no había pensado encontrarme con esas exigencias, no tiene nada de agradable ni de chistoso. Pero no era cuestión de escoger o no, sino aceptar y enfrentar esta realidad. O tenía que abandonar o tenía que enfrentarme.

Entonces poco a poco fui encarando esta problemática con miedos, angustias, dudas. La enorme dificultad era discernir, cuando uno está en contacto con las entidades, con los seres, si se trata de un ángel o un demonio. ¿De dónde viene, cómo actúa, cómo se le enfrenta? Los demonios tienen miles de tácticas y trucos engañosos. Por algo se les califica de malignos. Se presentan como buenos espíritus, adoptan la apariencia de la divinidad, de la Virgen, de Cristo, de maestros... tantas formas simpáticas y bonitas. Es la estrategia de seducción.

El desafío consiste entonces a detectar esos engaños mediante criterios de discernimiento que permiten saber con quién uno entra en contacto voluntariamente o involuntariamente. Y ese afinamiento del discernimiento nunca termina, no es absoluto. Siempre se puede perfeccionar.

Durante todo este proceso, este recorrido, me di cuenta que esa experiencia clínica, de observación empírica, que tenía que integrar, entender, era coherente con la teología católica. Eso vino después ya que, como la mayoría de católicos, nunca se me había hablado de eso. Parecía pertenecer a una historia del pasado, de cierto oscurantismo. Nunca se dan enseñanzas sobre esas cosas en la época actual.

Los mismos sacerdotes ni creen que exista el mal personificado en entidades. Todo fenómeno de esa naturaleza se racionaliza y se reduce a producciones simbólicas, creaciones o elaboraciones del

inconsciente, de orden psicológico personal o colectivo, virtual, en resumen. Todo apunta finalmente de algún modo a negar esa realidad. Sin embargo, Jesús en los Evangelios nos demuestra muchas veces que su trabajo consiste en expeler los demonios, imponer las manos y liberar a los enfermos. Es inclusive lo último que va a decir a sus discípulos en manera de testamento: “Curen a los enfermos, impongan las manos, expulsen a los demonios y prediquen la buena noticia de la liberación”. Pero ahora ¿quién cree eso y lo practica?

Al inicio me parecía que todo este mundo invisible estaba totalmente alejado e inclusive contrario a la fe cristiana. Era ignorante sobre esta dimensión mística de la vida. Pero poco a poco, profundizando en la doctrina, la lectura de los textos, la biblia, encontré una coherencia absolutamente increíble.

Empecé a llevar este combate espiritual y fue evidente que necesitaba herramientas espirituales. Todo este mundo invisible me superaba de mucho. En la lucha, no era yo, Jacques, que tenía que luchar contra los espíritus malévolos, sino un soldado que debía rezar para llamar a los buenos espíritus que llevaban el combate. El combate se desarrolla encima de mi cabeza. Pero sí, es necesario pedir, rezar, suplicar.

Y los buenos curanderos también hacen eso. Lllaman el espíritu de las plantas medicinales, de sus maestros curanderos. Eso ya constituye un nivel exorcista. Además, en el “baño cultural cristiano” de América no dejan de invocar a los santos, la Virgen, los ángeles, Cristo. San Miguel y todo el panteón cristiano otorgan una fuerza descomunal en esas luchas y es de evidencia clínica, por así decirlo.

Fui descubriendo esa dimensión de las medicinas tradicionales amazónicas ya que no hay nada escrito sobre eso en la literatura antropológica. Se consideran como meros hechos culturales sin real consistencia ni dimensión universal. El rechazo del mundo académico y del Occidente en general a la realidad de las dimensiones místicas impide un abordaje razonable y sereno de esta temática. Y no permite acceder a la práctica, la evaluación clínica. Para mí, la mejor prueba sigue siendo la clínica. Una hipótesis se confronta a la práctica y si es posible curar a la gente según esta lógica y esos modelos, demuestra su consistencia. Es lo que, por ejemplo, tratamos de demostrar con los pacientes adictos. Sabemos cuánto es difícil tratar esos problemas de dependencia, pero con este abordaje, sí se puede curar.

Una anécdota sobre eso a modo de ilustración.

El padre de una mujer norteamericana, que es amigo mío, me contacta solicitando atender a su hija de 38 años y que está con tratamiento psiquiátrico desde los ocho años de edad. Normalmente no atiendo esos casos, pero es un amigo y acepto ver si es posible. Esa mujer ha tomado toda clase de medicación psicoactiva... y sigue mal. Tiene pesadillas cada noche con sensación de una presencia a su lado.

Cuando viene esa mujer y me acercó por primera vez a ella, yo percibo a un lado de ella a la Virgen y al otro lado una entidad, un mal espíritu. La presencia de la Virgen me conforta y anima para enfrentar el espíritu maligno. Y le digo a esa mujer: “¡tú tienes un espíritu a tu lado!”. Me mira sorprendida y me pregunta: “¿Tú eres doctor?”. “Sí, soy médico”. Prosigue ella: “Hace 30 años que yo le cuento a los doctores que hay un espíritu a mi lado y no me creen. Es la primera vez que alguien me cree. Incluso le di un nombre porque vivo con este espíritu hace 30 años, es casi como un compañero.”

Solo que el compañero le estaba fregando la vida y le pregunté si estaba dispuesta a abandonar este vínculo porque no era un buen amigo, sino un ente perturbador. Y aceptó. Le pedí hacer bien lo que le indicaría. “Es un combate, una batalla y el otro va a tratar de interferir, de no irse, querer hacerte huir, abandonar el tratamiento”.

Empecé hacer únicamente curaciones con tratamiento sobre el cuerpo energético y oraciones. Ni siquiera tomó ayahuasca una sola vez. En 8 días, y para mí fue espectacular, desapareció esa entidad. Ella dejó todos sus medicamentos. De eso hace como 4 o 5 años y sigue normal y sin medicación.

Eso, para mí, son pruebas a contrario, la sanación demuestra la coherencia del diagnóstico. Invocar la sugestión es considerar que todos sus psiquiatras, desde hace 30 años, no supieron ver que lo era y la

medicaron por gusto. O sea, se sugestionó ella, sus psiquiatras y yo mismo. Pero ahora está sana. Además, cuando uno está en esos combates, se trata de una vivencia sensible, se siente físicamente, corporalmente. No es solamente de orden mental ya que esa realidad espiritualidad afecta la dimensión encarnada, tanto el bien como el mal.

Ahí se introduce precisamente esta cuestión de la encarnación.

Es muy difícil a concebir para alguien que no vive esas experiencias, que no lo experimenta en su propio cuerpo. Surgen un montón de fenómenos paranormales, de experiencias extrasensoriales.

Inicialmente uno no detecta que se trata de un mal espíritu, no discierne su malignidad. En base a la seducción, esta presencia lo va empujar al mal, alimentando su parte narcisista. Y la persona, seducida, se somete inconscientemente a esa entidad. Le sugiere, por ejemplo: “Eres libre, libérate de los tabúes y las limitaciones, tu puedes acostarte con quien quieres, es tu cuerpo, nadie te puede imponer nada...” y así llevar a una vida sexual promiscua a nombre de la libertad.

Cuando, mediante las plantas o la oración, uno se da cuenta que no es algo tan bueno, que hay ahí algo o alguien que le está sugiriendo esas cosas negativas, cuando la seducción deja de funcionar, este espíritu que se presentaba en forma seductora, simpática, bonita, muestra entonces su otra cara y ahí la gente ve su aspecto demoníaco, malévolos. Y se asusta. Y ahí puede haber fenómenos paranormales. Aparecen animales repugnantes, se prende la luz sola, se cierra la puerta sin que nadie la toque, hay ruidos extraños, se siente algo raro en el ambiente, se le pone la piel de gallina... generando angustia, susto y hasta pánico.

Y es la segunda estrategia de los espíritus malignos, asustar a la gente, someterla por el miedo. La gente no quiere saber más y prefiere quedarse así por miedo.

Cuando uno enfrenta el miedo, armándose de la fe, con herramienta espirituales, la tercera estrategia es el desánimo. El espíritu maligno sugiere que nunca se va a poder, que tu vida va ser una desgracia, que vas a sufrir mucho, no podrás casarse, etc. Y uno puede llegar a someterse por el desánimo, la desesperanza, el cansancio.

Y así existen otras estrategias malignas. Sin embargo, hay casi siempre esas grandes estrategias que uno puede detectar y permiten luchar mejor cuando se sabe cómo funciona. Sin embargo, este mundo espiritual es tan amplio, tan inmenso como la selva... Tú puedes conocer 10 o 50 plantas, pero hay miles más por conocer... Somos muy pequeños y limitados con nuestras fuerzas propias... necesitamos el socorro espiritual.

Existen los espíritus, pero no todos son buenos, y por lo tanto toda apertura al mundo no visible es arriesgada, potencialmente peligrosa. Por lo tanto, uno necesita conocer la manera como abrirse a este mundo con los cuidados necesarios. El camino hacia la divinidad atraviesa este mundo angelical, espacio de mediación, de los mediadores, por lo que es inevitable. Pero no se aborda de cualquier manera, tiene que ver con la vida mística.

Así la gente vive esto profundamente cuando aborda esa dimensión con las plantas, se siente “tocada”, no sé qué palabra utilizar, tocada en su alma, en su mente, en su corazón, en su cuerpo. Y ya no se puede decir que eso no existe...

Mucha gente tiene cólera y rencores contra la Iglesia, con la institucionalidad, con el pasado o el presente de la institución que los repela. Me parece que la oposición a la Iglesia por su historia es ampliamente exagerada por una especie de leyenda negra de propaganda anti cristiana aunque sin duda existen cosas reprochables. Pero, luego de esas vivencias místicas, no importa eso, se vuelve secundario porque se va directamente al corazón de las cosas. Es como tu familia a la cual puedes reprochar también muchas cosas, pero de todas maneras es tu familia, y los vas a querer a pesar de todo. Cuando uno va al corazón de las cosas, todo se relativiza, lo esencial queda.

La vivencia mística necesita de alguna manera democratizarse. Se presenta como una especie de cosa reservada a personas extraordinarias, a santos fuera de lo común. Y nosotros no somos Santa Teresita ni el Padre Pio. Entonces la vida mística no sería para nosotros. Pero es necesaria la conexión espiritual directa, sensible, cada uno a su nivel.

Si no la hay sería como tener una relación amorosa platónica o conceptual con una mujer sin sentir nada de calor amoroso, solo que te gusta la estética de su físico, te seduce que hable bien, que sea inteligente, pero no te ha tocado el corazón, ni tus entrañas, ni tu ser profundo. Esa relación no va a durar mucho, no va a madurar, no es viva ni auténtica. La vida espiritual es una relación de amor o debería serlo.

Entonces todo lo que puedo descubrir y sigo descubriendo en esa inmensidad de la exploración de las medicinas tradicionales, del mundo invisible al cual las plantas dan acceso, me parece cada día más y más coherente con la vivencia cristiana. Y vice versa, la vivencia cristiana permite vivir mucho mejor esas experiencias, esta exploración, esta aventura espiritual.

Esta relación no es nueva, existió en el cristianismo, pero poco se vive en la actualidad porque se ha dejado de lado a medida que la Iglesia se fue racionalizando al compás de la sociedad civil. Se ha sometido al pensamiento racionalista y positivista occidental, se olvidó de sus raíces y asume ahora que son cosas folclóricas, del pasado, obsoletas, que ya no tienen vigencia hoy en día. Ese punto de vista me parece un drama enorme.

Mucha gente sufre en la actualidad porque está sometida a estas fuerzas espirituales malignas no identificadas. A veces son problemas relativamente fáciles de resolver, otras veces no tanto. Pero mientras no se recupere esta noción de la posible interferencia maligna, uno puede estar años sometido a esos disturbios, a esos sufrimientos, y no se puede liberar. Lo que duele es ver que la Iglesia dispone de las herramientas eficaces para resolver esos problemas y no las usa.

- **En su pensamiento, Dr. Jacques, ¿un espíritu malo puede volver (transformar) su actitud, en un espíritu bueno gracias a la actividad de los seres humanos, de los curanderos y de los médicos?**

No, los espíritus son buenos o malos de forma definitiva. No hay marcha atrás ni opción de cambio.

Mucha gente me dice “sí tengo una cosa mala ahí, pero eso me sirve porque me da experiencia, me permite aprender algo, me estimula, lo quiero guardar”. Entonces les propongo hacer una sesión de ayahuasca para que puedan ver de frente quien es su supuesto amigo. Y al día siguiente ya no quieren saber más del famoso compañero. Cuando se revela plenamente su malignidad, nadie lo quiere más. Es otro engaño de la seducción.

No se puede quererlos, no son pobrecitos, porque su estatus es el resultado de una opción libre, en pleno conocimiento. Nosotros sí tenemos derecho al perdón, a la misericordia, porque optamos por el mal por ignorancia. El pecado en su primera acepción en hebreo “hett” es un término de arquería que significa apuntar fuera del blanco, desviar del camino por torpe ignorancia, por error, entonces se puede corregir, se puede reparar.

Los espíritus del mundo angelical toman su decisión en conocimiento pleno de las consecuencias y de hecho no desean volver atrás. Por lo tanto, no tienen ni la posibilidad ni el deseo de cambiar. Una de las estrategias de los demonios es precisamente negociar, querer convencer a la gente que sí pueden cambiar, que no se les abandone, para mantener un vínculo que los retiene. Es tiempo perdido y mucha pretensión proponerse cambiar a un demonio. Lo único que se puede hacer con un espíritu maligno es expulsarlo.

Ahora bien, hay que preguntarse más allá del procedimiento de expulsión, del exorcismo, por dónde entró, porqué existe este contacto con esa entidad maléfica. ¿Cuál es la puerta de entrada?

Puede venir de la vida personal, de algo incorrecto que se haya hecho, de alguna transgresión de las leyes espirituales, de alguna práctica esotérica, de espiritismo, satanismo, abusos de todo tipo, etc. Esas transgresiones establecen de manera consciente o no una forma de pacto, de convenio, de acuerdo a varios niveles con los espíritus que presiden a esas transgresiones. Les otorga cierto poder durante cierto tiempo sobre esas personas. En prácticas ocultas, el convenio presta también poder temporal a esas personas, capacidades fuera de lo común, pero el día en que no les sirven más, esos mismos espíritus se los van a comer vivos, los desechan con crueldad, sin piedad. Los malos espíritus no tienen amigos, solamente esclavos. Entonces hay que indagar primero en su propio pasado, en la biografía. Si la transgresión ha sido consciente, la entrega total (pacto de sangre, por ejemplo), las consecuencias serán mayores.

También puede venir de algo que me han hecho a mí: existe el daño, la brujería, los hechizos, se puede actuar de forma dañina sobre las personas. O eventualmente puede proceder de una contaminación exterior a partir de la proximidad con lugares u objetos, hasta animales, contaminados por un espíritu maligno.

Existe además la posibilidad que se trate de una herencia transgeneracional. Si un ancestro ha tenido algún vínculo con una entidad maligna, un tipo de pacto o de relación con este mundo satánico, demoniaco, y que ésta no ha sido limpiada o reparada, se puede transmitir de generación en generación. Muchos casos de patología mental se explican de esta manera, la persona siendo parasitada por un espíritu o varios, a veces muchos, hasta desde su concepción. Entonces nace con esta carga y puede presentar perturbaciones psicológicas, relacionales, que no se identifican y hacen pensar a la persona que es algo propio. Llegan a pensar que así son y así serán. Cuando uno puede detectar e integrar esa noción de vampirismo o parásito, descubrir que hay un “pasaje clandestino” que está ahí, puede tomar medidas para expulsarlo y recuperar su integridad.

Así se ven personas que, por ejemplo, tienen pensamientos perversos, suicidas, tendencias al abuso, al incesto, y a veces desde su tierna infancia. Sufren de ello porque contradice su libertad, su moral, sus valores profundos. He visto a niños de 4 o 5 años que blasfeman sin saber lo que dicen porque no son ellos que hablan sino un espíritu de blasfemia que los habita y los utiliza. Lo tienen por herencia. Se puede detectar ello y confirmar a esas personas que no son malignas por naturaleza o esencia, sino que hay una entidad perversa que les parasita, que está en contacto con ellas, en relación con su cuerpo.

Es muy sanador y liberador para esas personas cuando se dan cuenta de que por fin no son un monstruo, que son buenas en el fondo, y que existe algo, o alguien, mejor dicho, contra quién hay que emprender la lucha. Que es posible vencer y conseguir la liberación.

En muchos casos psiquiátricos, especialmente en las patologías de disociación, la persona está supuestamente dividida entre dos o más personalidades. Por ejemplo, una persona entra en crisis de cólera absolutamente increíble, y se dice que está “fuera de sí”. Efectivamente, de alguna manera, está habitada por un espíritu de cólera, incontrolable, que tomó el mando y la desaloja de su propio cuerpo. Alguien está ahí que asume el mando contra la voluntad de la persona. Y cuando pasa la crisis, esa persona se siente mal por lo dicho o hecho contra su voluntad y que sin embargo al que le atribuye la responsabilidad. Genera una gran culpa. Ocurre lo mismo con las drogas de cuya dependencia las personas no pueden liberarse, la adicción supera su voluntad, los tiene sujetos.

Pero en ciertos casos se puede detectar que no son dos partes de una misma persona, que uno no es disociado o partido en dos, sino que realmente hay dos entidades, el sujeto y un parásito ajeno. Eso restituye a la persona su integridad, su unidad interior, con la detección de un parásito exterior identificable y expulsable. Esa toma de consciencia, que se puede comprobar en la clínica, es sumamente curativa. Como en este ejemplo anterior de esta mujer que tuvo un parásito durante 30 años y se pudo liberar. Ya no tiene pensamientos o sugerencias perversas, desaparecen sencillamente con la expulsión del intruso.

Existen muchas puertas de entrada posibles y es como una encuesta policial donde se busca al criminal. La anamnesis es importante porque mucha gente no se acuerda de lo que han probado en su adolescencia, por ejemplo, cómo, para darse un poquito de miedo, de adrenalina, para vivir un poco de intensidad, con sus amiguitos practicaron espiritismo como un juego. Se olvidaron, pasaron 30 años, pero ahí está el parásito. Se han puesto en contacto con una entidad maligna y sigue presente y activa.

Del mismo modo, ciertos traumas psicológicos pueden constituir una puerta de entrada, hasta también un trauma físico como una explosión, un accidente, un susto fuerte, una crisis familiar que genera un shock emocional. En esos casos, se descuadra el cuerpo energético del cuerpo físico. Este cuerpo energético se puede ahora filmar o fotografiar con tecnología avanzada. Constituye una interfaz entre el mundo visible, sensible, y el mundo invisible. Los cuerpos espiritual y físico se relacionan mediante el cuerpo energético. Y podemos intervenir sobre este cuerpo energético.

Los parásitos espirituales se prenden en el cuerpo energético y a largo plazo pueden terminar afectando el cuerpo físico. Una infestación espiritual puede así llegar a enfermar físicamente.

Hablo de infestación ya que existen grados diferentes de parásitos. Si se trata de una “enorme bestia”, se manifestará en forma de posesión, pero esta situación es poco común. Generalmente hay mucho rechazo a esta temática debida a la impregnación cultural y decir “posesión” evoca el “exorcismo” y hace que la gente piense inmediatamente en películas sensacionalistas y cosas extraordinarias de gente poseídas. Eso existe también, pero es muy poco frecuente, es inclusive rarísimo. Pero un cierto grado de infestación es para nosotros el pan común de todos los días. Estamos lamentablemente en un mundo muy contaminado a nivel espiritual, sin saberlo, y precisamente por esa ignorancia somos presas fáciles. Uno no se protege de un peligro que ignora, no toma las precauciones necesarias.

- **¿Qué relación hay entre estos espíritus y los espíritus de personas muertas?**

En el mundo intermedio están también los espíritus de los difuntos, o por lo menos transitan por ahí, no sé hasta qué punto... Entonces cuando uno hace ese tipo de experiencias de abrirse al mundo invisible a través de rituales o plantas puede encontrarse con espíritus de los difuntos.

Es importante distinguir cuando se hace de forma correcta o no. Llamar el espíritu de los difuntos para conseguir una información o un servicio es una forma de espiritismo, es una transgresión espiritual. Otra cosa es rezar por ellos. Por ejemplo, mucha gente viene aquí con un contencioso con sus parientes difuntos, no se pudieron despedir, no se pudieron decir nunca “te quiero, te amo, te perdono, perdóname...”. No se perdonaron, algo quedó no solucionado. Ahí sí, se puede pedir establecer un contacto con el difunto para resolver este contencioso. Pero no se puede mandar, ordenar, es un ruego a la divinidad, ¡no es una exigencia con una respuesta automática!

Se ruega: “Yo quisiera reparar lo que pasó con mi madre o mi padre que fallecieron”. Y de repente se puede presentar, en la visión con ayahuasca, la presencia del difunto. La persona habla con el difunto, se dicen lo que tienen que decirse y se despiden. El difunto se va. Eso ocurre una sola vez, nada más, nunca más se va a repetir. Es un permiso excepcional de la divinidad para el bien de ambos, el vivo y el muerto. Es una oportunidad un don, una gracia de Dios para que se pueda reparar, reconciliar, perdonar y sanar. Por eso uno puede rezar, pedir a Dios para poder reconciliarse o decir lo que tiene que decir a tal o cual persona y Dios se lo otorgará o no. Pero será solo una vez. Nada más.

El mundo de los muertos y de los vivos está separado y está bien así. Cuando hay una interpenetración de los muertos en el mundo de los vivos, no es normal ni sano.

El espíritu de muchas personas que mueren de forma violenta, repentina, se queda ahí, pegado a este mundo. No concientizan que han fallecido, se quedan en su entorno habitual, ligados a su casa, a la gente que quieren. Entonces hay que ayudar esas personas a irse porque pueden perturbar bastante a los vivos.

Si uno reza a los santos, por ejemplo, si llamo a Santa Teresita para que me ayude, estoy llamando al espíritu de un difunto y eso sí está autorizado. Pero de nuevo estoy pidiendo, rogando, solicitando, suplicando, pero no estoy convocando a Santa Teresita, eso sí sería espiritismo. Intentar convocarla a la fuerza solamente haría venir a un demonio pintado de Santa Teresita. Pero uno sí puede rezarla.

De hecho, ¿cuál es la diferencia entre la magia y la práctica espiritual cristiana?

Dios separa a los hebreos de los pueblos vecinos prohibiendo la adoración de otros dioses y su uso de la magia. Y, curiosamente, después les indica ciertas cosas que tienen que hacer que, visto desde afuera, parece igual a la magia antes prohibida, como los sacrificios de animales. ¿Cuál es la diferencia?

La diferencia es que la magia es una manipulación/utilización de las leyes espirituales para forzar la vida, para forzar a Dios, con el fin de conseguir un beneficio. En la práctica cristiana a partir de los judíos, uno reza y se somete la voluntad divina. El ser humano pide y Dios dispone. En la magia, el ser humano quiere imponer su voluntad, a partir del conocimiento de las leyes de la vida, leyes espirituales, manipulándolas. Por eso todos los grupos esotéricos u ocultistas procuran el conocimiento de las leyes espirituales para poder manipularlas para su beneficio, y establecen para ello formas de iniciación en el seno de una jerarquía de poder. A más conocimiento, más poder. Es el caso de los masones, los rosacruces, los teósofos y muchos grupos del movimiento New Age.

La vida cristiana plantea una relación de noble y voluntario sometimiento a la voluntad divina, una relación desde el corazón, con la confianza en la bondad absoluta del Padre. Pedimos a Dios, pero Él sabe lo que realmente necesitamos y dispondrá lo mejor. Muchas veces no sabemos lo que pedimos, lo más deseado no es forzosamente lo mejor en una perspectiva de realización espiritual. Y uno se somete de corazón porque se trata de un padre bueno, Él sabrá de qué manera darnos, cuándo o cómo.

San Pablo dice “Tengo una espinilla en mi carne y le he pedido tres veces a Dios que me libere de ello”. Y Dios le responde: “Mi gracia te basta”. O sea, no lo va a liberar. Pero le significa que le da lo suficiente como para soportarlo. ¿Por qué? Pues Dios sabrá. Tal vez sea para mantenerlo en la humildad y protegerlo del orgullo, de la inflación del ego.

Sobre los rituales o liturgias cristianas, a veces se dice que es “magia blanca”. Para mí, no es magia, ni blanca, ni verde, ni roja, ni negra, porque magia para mí es manipulación y aquí se trata de obediencia a lo pedido y solicitado por Dios. “Haced eso en memoria mía”.

Uno reza y pide según las enseñanzas reveladas, y Dios da de la manera que querrá dar. Es una diferencia absolutamente fundamental. Los rituales que realizamos se inscriben dentro de esta dinámica de obediencia a la revelación cristiana. Se asume las funciones proféticas, sacerdotales y reales de todo bautizado.

- ¿El curandero puede convocar o desechar a los espíritus a través de los rituales?

Depende... Sí y no. Potencialmente sí, pero prácticamente depende del curandero, de su nivel, de la fuerza maléfica que va a enfrentar. Creo que hay ciertas cosas que el curandero no puede hacer, que superan su capacidad y donde tiene que apelar a Cristo.

Todas las tradiciones ancestrales en el mundo tienen cierto grado de prácticas de liberación, pero también todas las prácticas de sanación en ellas van acompañadas paralelamente o simétricamente de prácticas de brujería o hechicería.

Cuando el curandero canta diciendo “el sol nos da calor, el agua aplaca la sed, tal planta nos da fuerza, tal otra nos disuelve el miedo”, está realizando una forma de alabanza a la vida, a la creación y pronuncia o proclama la Verdad. Y toda verdad tiene una función exorcista. Lo que hacen los demonios, los espíritus malignos, es esencialmente falsificar la Verdad, deformarla. Por esencia son mentirosos. Entonces, el hecho de decir la verdad, de recordarla, de invocarla, ya constituye un primer nivel de la

función exorcista. Restablecer la Verdad, repele a los demonios que no la soportan. Yo me pregunté muchas veces cómo operaba esta liberación que observada clínicamente al cantar esas cosas tan sencillas.

Pero funciona hasta cierto nivel porque cuando hay cosas muchos más importante o fuertes, yo creo que eso no es suficiente. Eso me parece, aunque me puedo equivocar.

Hay brujos pequeños y los hay más poderosos. Hay gente de temer, que puede matar, alocar, llevar a hacer cosas terribles. De igual modo, del otro lado, para decirlo de alguna manera, obviamente un santo o una persona con una vida mística fuerte y oración pura, tiene una fuerza de liberación que una persona sin vida espiritual no tiene. No será el mismo poder, ni la misma efectividad. Del mismo modo que si la Virgen pide algo a su Hijo, no se le puede negar. Tiene un estatus particular porque lo que va a pedir va a ser siempre una cosa pura y perfecta.

Pero si yo pido algo, no siempre va a ser algo puro y perfecto. Por eso se reza para protegernos de nuestros pedidos impertinentes, aunque a priori bien intencionados. A mayor elevación, más cercanía con Dios, más pureza de corazón, habrá más poder y eficacia en la oración. También, a más nivel de consagración, más poder en la oración de liberación. O sea, la oración de un Papa tiene potencialmente más fuerza que la oración de un simple cristiano. Aunque no se sabe, si este cristiano tiene más pureza de corazón que el Papa... Hay cristianos “escondidos” que pueden tener más cercanía a Dios, solo Dios sabe.

Seguramente del “otro lado”, después de nuestra muerte, veremos las cosas de una manera muy diferente. Vamos a descubrir que hay gente que hoy no pesa mucho en la vida social moderna, en el “mundo” como se dice, pero que tiene una vida espiritual muy elevada, sin que tenga que ver con la capacidad intelectual. Nadie los ve, pero tienen una fuerza espiritual muy grande por su corazón puro.

Y puede ser el caso también de curanderos que pueden liberar por su humildad. Yo lo he visto y es innegable.

Pero, en términos generales, cuando el combate espiritual se lleva con adversarios de alta jerarquía en una secta, por ejemplo, la confrontación puede requerir no solamente de un sacerdote exorcista, sino mejor de un obispo, por ejemplo. Quien une las armas de su consagración y a la vez de una vida personal santa, por supuesto tendrá más posibilidades de vencer.

Un monje de los primeros siglos que creo que se llamaba Pablo el Sencillo, el simplón, tenía una fuerza exorcista muy grande justamente por su sencillez y humildad. Su tremenda pureza de corazón que le hacía pasar por ingenuo o tonto era más bien una bendita y auténtica inocencia.

La naturaleza es creada buena, no hay ninguna planta o elemento de la creación que tenga en esencia un espíritu maligno. Pero el ser humano puede utilizar cualquier cosa de manera perversa. Igualmente se puede utilizar la ayahuasca para curar si llamo el espíritu de la ayahuasca para sanar, pero se puede hacer daño con ella si manipulo el espíritu de la ayahuasca con este fin.

Ahí está el poder del ser humano porque tiene una palabra poderosa, y desde ahí dispone del dominio sobre la creación. “Dominio” no es la palabra adecuada, ya que este poder es él del servicio. La jerarquía espiritual lleva a un servicio más alto. El ser humano es más elevado que el mineral, vegetal o animal en la jerarquía de la creación, y por eso debería cuidarlos como más responsable.

Pero el brujo invierte este orden jerárquico, lo profana. Por ejemplo, se deja poseer por el espíritu de un felino y se vuelve un predador, un devorador que puede hasta llegar a matar gente y beber su sangre, como un tigre, un león o un puma. La inversión del orden de la creación es propiamente un acto demoníaco. No es que el espíritu de la planta o del felino sea maléfico en sí, es el uso perverso del ser humano que lo tergiversa.

El espíritu de la coca es extraordinario: no hubiera el imperio Inca ni Machu Picchu sin la enseñanza de ese espíritu. Pero si se transforma la coca, se la profana, y se vuelve cocaína para uso profano, transgresor

de las leyes de la vida, puede llevar a la adicción. Es lo que se hace con el espíritu de las plantas o de la naturaleza, la predisposición del ser humano en su uso para el bien o por el mal, que determinará que este espíritu sirva para el bien o para el mal.

¿En magia o misas negras utilizan hasta hostias consagradas? ¿Será que la hostia es mala? Al contrario, su altísima sacralidad manipulada permite un mayor grado de perversión y poder de malignidad. Es la inversión y la falsificación que es demoniaca, no el objeto en sí.

Dentro de una sesión de ayahuasca, puede haber contaminación maligna si hay ausencia de protección ritual correcta, negligencia, mala preparación, intención perversa, contexto tóxico, asociación con otras sustancias inadecuadas, pero la planta es inocente. No se utilizó correctamente.

Un maestro curandero me enseñó durante años y me preparaba remedios con plantas para tomar. Y rezaba hablando directamente al espíritu de las plantas, encima del vaso de remedio, diciéndole de una manera muy sencilla: “Le vas a decir cosas buenas al doctor, no le vas a enseñar tonterías...”. Era a la vez una súplica y una orden. Los curanderos suelen decir que “no hay que dejarse dominar por la planta”. No dejar que se invierta el orden de la creación. La planta, su espíritu, se debe respetar, pero no significa someterse a él, invertir las relaciones y dejarse poseer.

Así que no hay nada malo en la creación visible, todo está habitado de espíritu, de un cierto grado de consciencia, cada cosa a su nivel. Pero solo el ser humano dispone de libertad, de capacidad reflexiva, de consciencia de sí mismo, de palabra fundadora. Esta superioridad en la jerarquía de la creación lo hace responsable del cuidado y respeto de ella. Esta libertad mal orientada le da potestad para eventualmente invertir este orden, ejercer una dominación de explotación al lugar de servicio, y así asumir un papel demoniaco o satánico.

- **¿Usted siente complicada o clara la relación entre su fe cristiana y su actividad de curandero?**

Bueno yo diría que a medida que pasa el tiempo se me hace menos y menos conflictivo y, al contrario, hay una mayor congruencia y complementariedad. Ahora para mí es muy claro que las plantas y todo lo que va con esa medicina tradicional constituyen una forma práctica de acceso o una puerta de entrada al mundo espiritual, pero no un fin en sí. Si por ejemplo se me daría a escoger entre las plantas y todo ese conocimiento asociado, y la fe cristiana y su práctica sacramental, no sería muy complicado, escogiera la fe y los sacramentos.

No es del mismo nivel. La vida espiritual no necesita de las plantas, no es algo indispensable. Es un camino posible, una vía de entrada excelsa. Nos permite a nosotros occidentales de salir de nuestro racionalismo terrible donde la fe es muchas veces muy mental, muy conceptual, poco encarnada.

Estas medicinas tradicionales no hacen acordar que tenemos un cuerpo y que la espiritualidad no implica escapar de su cuerpo para vivir en altas esferas supercósmicas, sino hacer descender el espíritu en nuestra realidad cotidiana e integrarla en y mediante nuestro cuerpo.

Yo no veo contradicción entre el uso correcto de las plantas y la fe cristiana sino más bien una sinergia. Sin embargo, existe un orden jerárquico. Las plantas, y todas esas prácticas vinculadas, son una introducción a la vida espiritual que es de nivel superior. Las plantas son precursoras de la CARITAS, el amor espiritual, nos llevan a ello. Si se utilizan bien, adecuadamente, con respeto, con una ritualidad sana y coherente, conducen a la vida espiritual, y ésta a la divinidad.

Nuestra manera de practicar esas medicinas o el camino que seguimos con ellas, lleva a Cristo, a la Virgen, al Espíritu Santo, a la Trinidad, vividas como una realidad tangible... Si uno se abre, lo quiere, lo acepta... no es ninguna obligación.

Tenemos muchas personas que vienen aquí que no son cristianas, que no tienen ninguna educación cristiana, o son cristianos que han abandonado la fe, o cristianos tibios, o cristianos “culturales”, y muchas veces se reactiva su fe o la descubren. Ocurren muchas conversiones, o gente que vuelve a la Iglesia, vuelve a practicar, acercarse a los sacramentos. Y todo ello porque con la experiencia con las medicinas tradicionales en contexto correctamente ritualizado, con oraciones, la fe cobra sentido, se vive, se siente, se experimenta.

Con los años este fenómeno aumenta constantemente.

Este espacio representa una herramienta extraordinaria para redescubrir la fe, o descubrir aspectos de ella que uno había dejado de lado o ignorado antes. Permite ver cómo se encarna en la cotidianidad de cada uno. No se trata de experiencias etéreas, de estar “volando” en sueños fabulosos, sino de experimentar dimensiones transpersonales, de un contacto con la trascendencia, de la observación la energía de la vida en toda la creación y en nosotros mismos, de comprobación de la fuerza de la oración, que cobra sentido para uno mismo y todo ello conectado a la integración en la vida cotidiana.

Para mí, la contradicción inicial va desapareciendo y lo que me parecía muy distante se aproxima. Se establecen puentes, conexiones, cada día más evidentes, y que encuentran asidero en la práctica de la vida espiritual, en la liturgia, por ejemplo.

Cuando se toman las plantas, la ayahuasca en especial, lo primero que surge es una confrontación consigo mismo. Uno se encuentra con su oscuridad, su sombra, miedos, cosas no resueltas. Y uno mismo lo ve. Por ejemplo, que durante años has maltratado tu esposa porque no le has hecho caso, no la has sabido escuchar. Es tan evidente, con tanta claridad, que lleva al arrepentimiento porque uno se da realmente cuenta de su actitud.

La toma de conciencia del error, del “pecado”, de la falta, de la ignorancia, de la negatividad, viene con la necesidad de pedir perdón. Y felizmente asistido con la luz, la evidencia que puedo actuar de manera diferente, que hay otra forma de abordar el problema.

Luego o simultáneamente viene el reconocimiento de todo lo que uno ha recibido en la vida, a pesar de las dificultades e infelicidades. Uno puede ver que “mi padre me maltrató, mi madre era asfixiante, pero han sido del camino para que llegue a esta vida, sin ellos no estaría vivo”. Se revisan los juicios negativos y se relativizan: “Mi padre era ausente, todo el tiempo afuera, pero es porque trabajaba, porque quería darme lo mejor, era su manera de quererme, hizo lo que podía según su personalidad”.

Esta toma de conciencia lleva a la gratitud. Gracias y gracias a la vida, y gracias a Dios, y gracias al aire, a las plantas...

Siempre encontramos esos dos elementos, perdón y gratitud. No importa la creencia o no, la religión, la cultura, el nivel socio-económico, el sexo... Es parte de la condición humana, cuando se abre a la conciencia, de ver surgir esas dos cosas de su profundidad, de manera espontánea. Perdón y Gratitud.

Es tan espontáneo que inclusive muchas veces la gente dice “perdón, perdón” sin saber realmente porque debe pedir perdón. En una siguiente sesión, se va precisando: “tengo que pedir perdón a mi padre, tengo que perdonar a mi hijo, tengo que perdonarme a mí mismo...”

En otras palabras, aparece esta conciencia de mi imperfección, de mis limitaciones, no soy una persona 100% perfecta, tengo mi parte de sombra y veo cómo afecta a los demás, a mí mismo, a mi relación con la vida y con Dios.

Y a la inversa, se manifiesta la otra cara de la vida, cómo, a pesar de mis fallas, de mis deficiencias, sin merecerlo, se me dio vida, se me dio amor, cariño, dinero, bienes materiales, salud, momentos de alegría, etc. “Gracias a la vida que me dio tanto”. Gracias a mis padres, gracias a tal profesor, gracias a mi hermano, gracias al vecino, gracias a la naturaleza, gracias a Dios.

¿Eso será contradictorio con el cristianismo? Si es contradictorio no entendí nada del cristianismo.

La conciencia en términos cristianos de que sí soy un pecador, pero a la vez soy un hijo heredero de la vida, heredero de Dios. Vi muchas cosas negativas y hasta malignas de mí, pero no soy un demonio ni un desgraciado ni un huérfano. Para mí: ¿qué más cristiano que eso?

Y esa toma de conciencia se hace desde mi cuerpo, desde mi encarnación en este mundo, desde mi vivencia la más cotidiana, desde mi realidad la más ordinaria.

Cuando uno observa esas tomas de conciencia, todo se hace de repente muy sencillo, muy evidente. Nada de magia, ni blanca ni de otro color...

La planta representa una mediación particular cuando se usa bien, dentro de una forma ritual coherente, con una buena preparación. Facilita el contacto con las profundidades de su ser interior y con la trascendencia que se alberga ahí, en su intimidad.

Mi observación es que cualquier persona, la más negra, la más delincuente, la más negativa, tiene un espacio íntimo, su espíritu de cierta manera, que es intocable. ¡Es algo realmente increíble! Los malos espíritus pueden afectar mi mente, mis sentimientos, pero no pueden entrar en este núcleo, en el espíritu, donde solamente estoy Yo con Dios. Así que la libertad interior nunca va ser 100% afectada, siempre existe un algo inaccesible al mal. Me parece totalmente coherente con la fe cristiana.

Por eso cuando hay pacientes que han tenido vidas muy cargadas, han matado, han consumido y vendido drogas, han hecho barbaridades, a veces muy graves, ahí uno ve que debajo de todos esos escombros de su vida, permanece una luz. El espíritu, el alma, la conciencia divina, no sé cómo llamarlo, pero ahí está debajo de los escombros. Por eso se puede ayudar a esas personas, tener fe, tener esperanza, saber que no es en vano que se va a intentar sacar todos esos escombros, porque en el fondo permanece la luz.

En la medida que se utilizan esos conocimientos ancestrales de la medicina tradicional amazónica, asociándoles a un contexto doctrinal cristiano, se producen maravillas. La fuerza de sanación y de conversión es ahí increíble. Con esta finalidad aquí consagramos todo a Dios. Se consagra el lugar, la ayahuasca, todo lo que se utiliza, las plantas, y se los coloca, en especial la curación, bajo la jurisdicción de la Virgen. Se invocan a los ángeles y a los santos como protectores espirituales. Como en cualquier camino espiritual hay protectores favoritos, predilectos.

- En su pensamiento los espíritus, el encuentro con esos y la creencia en esos ¿son necesarios para el proceso de curación de los pacientes?

No es importante que los pacientes crean para iniciar este tratamiento. La mayor parte de los pacientes que nos llegan no creen en la existencia de espíritus. Ni de Dios. Nunca se les enseñó sobre ello o nunca han tenido una experiencia en este campo. Pero en el transcurso del proceso, muchos descubren esta realidad espiritual, ven o perciben los demonios, y pueden apreciar cómo influyeron en su vida.

Los espíritus no tienen una forma real, sustancial, no tienen cuerpo. Pero nosotros los percibimos a través el filtro de nuestro cerebro y de nuestro bagaje simbólico-cultural. Se hacen perceptibles para nosotros desde nuestra materialidad, nuestro sistema perceptual. Cuando un místico ve a un ángel con alas blancas en su espalda, no se trata de una realidad material, sino una realidad espiritual que expresa, en su forma perceptible, la simbología de su ser. Las alas simbolizan su dimensión espiritual que lo pueden elevar hacia las alturas del Cielo - cielo espiritual no el cielo material. Los demonios también tienen alas por su naturaleza igualmente espiritual, pero son negras, simbolizando su vínculo a la oscuridad. Se trata de figuraciones, de representaciones, y no de una "presentación", de algo real o presente a nivel físico.

A medida que la conciencia se va afinando, esas representaciones se modifican hasta desaparecer. Son soportes necesarios para acceder a la conciencia espiritual. No significa que son inexistentes o virtuales, sino que es nuestra imagen interior de esta realidad espiritual que se modifica, yendo de un

simbolismo muy colorido e ilustrativo a las realidades emocionales, psíquicas y espirituales que las sostienen. Vale la pena insistir en que nos son solamente realidades emocionales y psíquicas sino también espirituales.

Así un monstruo puede figurar mi miedo por ejemplo o un aspecto perverso de mi personalidad, pero también puede manifestar la presencia de una entidad demoniaca que me parasita y me conduce a la perversidad. Se trata de un discernimiento terapéutico a ejercer ya que implica un abordaje diferenciado.

Podemos intentar racionalizar esas experiencias hasta cierto punto, pero para progresar en la vida espiritual será necesario pasar de una lectura puramente psíquica hacia las realidades espirituales.

- **¿El encuentro con los espíritus es necesario para el proceso de curación?**

No es necesario en una primera instancia, pero inevitable si se quiere seguir en el camino espiritual. Otras veces, se impone cuando hay una infestación importante. Uno no lo escoge, solamente se evidencia.

Hay personas que vienen para seminarios de dos semanas y no van a estar absolutamente convencidas de la existencia de los espíritus por la brevedad de su estadía. Aunque los hayan visto o percibido, los reflejos de la racionalidad vuelven rápidamente cuando retornan a la vida ordinaria. No están preparados para abordar esta realidad, no disponen de instrumentos conceptuales para ubicarlos, el positivismo de la sociedad frena la aceptación, hay miedo a ser ridiculizado. Sin embargo, van a percibir un cambio psicológico, emocional, relacional y progresan en su vida. Se respeta la libertad de cada persona frente a esas experiencias.

Ahora bien, si uno quiere realmente experimentar la vida espiritual, ello se impondrá en el camino. No se trata de simple creencia. Si bien la fe no se apoya en pruebas matemáticas ni científicas, se tiene sin embargo que experimentar. La fe bruta o fe ciega que es adhesión incondicional a lo que dijo fulano u otro, para mí releva de una forma de una creencia supersticiosa. La fe requiere de la inteligencia, de la reflexión y de la comprobación empírica en nuestras vivencias o experiencias de vida.

De hecho tampoco se puede experimentar todo ni comprobar todo. Como dice San Juan “Dios nadie lo ha visto nunca”. Nunca agotaremos algo que nos supera totalmente y siempre quedará un enorme misterio que justifica precisamente la fe. Sin embargo, entre todo y nada, existe un término medio donde sí se puede experimentar, donde se saborea algo de la realidad espiritual, donde se prueba su sentido y coherencia, como una anticipación del “reino a venir”.

Las vivencias espirituales a veces surgen en la vida de una persona sin que las busque intencionalmente. Pero tampoco está prohibido abrirse a esas experiencias, prepararse, hacerse disponible a recibir las. No se inducen a través de actos mágicos, sino que uno se ofrece para recibir la gracia. Y la gracia vendrá de por sí misma. En mi observación, cuando uno pide de corazón, con humildad, y respeta los pasos a seguir, siempre habrá un tipo de respuesta.

La respuesta será adaptada a cada quién. Porque cuando hay este contacto con el mundo invisible para un occidental, luego se plantea la cuestión de cómo integrar esa vivencia en la vida psíquica, simbólica y en lo cotidiano. Para un occidental moderno del siglo XXI, la aparición de un demonio, de un ángel o de una realidad trascendental puede sobrepasar su capacidad de integración. ¿Qué hacer con esa experiencia? Puede que no haga nada y lo clasifique rápidamente como una sugestión porque no sabe cómo ubicar esa experiencia en su referencial habitual, su cosmovisión. O tiene un referencial simbólico o religioso que le permita procesar la experiencia. O tendrá que cambiar de paradigma de pensamiento y revisar su manera de concebir el mundo y la vida.

Para un indígena el problema es muy diferente porque vive dentro de una cosmovisión que integra esas realidades espirituales. Está inmerso en una cultura que habla de ello todos los días, donde hay cuentos, historias de los ancianos, leyendas, mitos. Es algo cotidiano y entonces sabrá dónde ubicar esta

experiencia en su cartografía o cosmogonía interior. Para nuestra cultura occidental positivista, materialista, determinista, que niega la existencia del mundo invisible, se considerará más como una fantasía o peor un delirio que releva de la psiquiatría, una creencia de un pasado superado, una superstición de la edad media. Con eso se pretende anular la realidad de esas vivencias.

Sin embargo, nuestra cultura occidental, antes de racionalizarse de manera extrema, se construyó y alimentó en esencia de la fe cristiana. Y hasta hoy, la doctrina, el magisterio, mantienen este valor de la revelación inicial. Valor considerable porque justamente nos permite ubicar esas experiencias con el mundo invisible, encontrarles sentido y coherencia. Necesitamos realizar una exploración del mundo angelical desde las raíces olvidadas del cristianismo. Revisitar nuestro concepto sobre el mundo invisible de la naturaleza desde la dimensión del Cristo cósmico, el alfa y el omega.

La cultura occidental puede renovarse desde un cristianismo “moderno”, para así decirlo, a partir del desafío y la pericia de las culturas ancestrales en cuanto a los estados modificados de la consciencia y su relación estrecha con el mundo invisible. Este modernismo de la fe en realidad supone reanudar los vínculos con las enseñanzas originarias del cristianismo. Porque cuando uno lee los evangelios, encuentra esas realidades a cada página. Los Hechos de los Apóstoles cuentan múltiples anécdotas. La Patrística de los fundadores de la Iglesia, de los monjes del desierto de Egipto o Siria, está repleta de descripciones de esas relaciones con el mundo invisible, de vivencias místicas.

Lamentablemente, la teología cristiana occidental, no tanto la oriental, se ha vuelto muy conceptual. En las universidades de la Edad Media se iniciaron debates teóricos desprendidos de la experiencia mística. Y eso se fue agudizando con el tiempo hasta Santo Tomás de Aquino, pasando por San Agustín. No soy ningún especialista ni teólogo, pero veo como religiosos y sacerdotes que toman las plantas, recién redescubren lo concreto y real de esas experiencias que conocen solamente de manera conceptual. Esta realidad psíquica se manifiesta como encarnada en su propio cuerpo. Y es todo un descubrimiento.

Tomas de Aquino, todavía referencia teológica actual, cuenta él mismo cómo durante una misa, a los sesenta años, tiene una experiencia mística que lo sacude en sus fundamentos. Sale de esta experiencia y declara: “todo lo que he escrito hasta ahora es paja para el fuego”. Nunca volvió a escribir y no terminó su Suma Teológica. Su breve experiencia mística fue suficiente para relativizar años de trabajo intelectual. Quería asir el espíritu, pero fue asido por Él. Temo ser pretencioso o vanidoso diciendo eso, frente a un monumento de la teología, pero si él mismo lo reconoce...

Me parece evidente desde mi experiencia el exceso de conceptualización e intelectualismo del clero contemporáneo. He visto aquí eruditos, teólogos, intelectuales de gran calibre, pero cuando toman las plantas, aparece muchas veces una gran disociación entre sus conocimientos teóricos y su vida sensible. Y entonces se abren a una perspectiva totalmente diferente de la fe. De repente toman consciencia, como dijo uno, que todo lo que había leído en su vida, finalmente era real, una realidad encarnada, corporal, sensible hoy en día en su propio cuerpo y realidad.

Y eso es fabuloso de mi punto de vista porque esas personas sí tienen una educación, una cultura, una erudición, una capacidad de reflexión que les permite potencialmente asimilar su experiencia personal dentro de una cosmovisión elaborada que conocen intelectualmente y que pueden entonces hacer plenamente suya. Es un potencial considerable de reforzamiento de la fe, de explicitación de su profunda coherencia. Se multiplica su capacidad entendimiento de la fe a partir de esa suerte de revelación personal en base a su vivencia con las plantas. Tiene para ello las herramientas.

Yo sufro cuando voy a misa y escucho uno de los frecuentes relatos donde Jesús expulsa demonios y luego, en la homilía, el sacerdote se salta encima de ello, no lo comenta porque no sabe qué hacer con esas historias que le incomodan. O muchas veces lo comenta simplemente diciendo que eso nos demuestra que Jesús hace el bien, se compadece de quién sufre. Pero no se trata de solamente dar un vaso de agua, vestir al desnudo, visitar al prisionero, sino de un combate frente a frente contra el Maligno. Se expulsa a un demonio del cuerpo de una persona en un ratito. No es poca cosa. ¿Y porque no se hace más hoy día? ¿Porque se dejó de hacer? Disculpando la ironía, ¿a Jesús le faltaron estudios



de psiquiatría para darse cuenta que se trataba de un esquizofrénico? ¿Y entonces, cómo lo curó? ¿La sugestión?

Tuve la oportunidad de conversar con un sacerdote exorcista de una capital europea que me decía que había mucha gente con problemas de histeria, sugestionados... Claro, esos casos existen, pero ¿desaparecieron los poseídos y los infestados? Este sacerdote exorcista me cuenta cómo procede. Cuando se presenta un paciente, lo reciben unas señoras ancianas de buena voluntad que asumen una permanencia. No tienen ninguna capacitación en psicología y con buen corazón se dedican básicamente a tranquilizar al visitante. Le aconsejan descansar, tener fe, esperanza, confesarse, rezar, hacer la adoración al Santísimo... y así el problema pasará. Si consideran que es un caso especial, grave, incomprensible, avisan al sacerdote exorcista. Éste me precisa que lo primero que hace es mandarlo a un psicólogo o a un psiquiatra para que le diga si es una patología mental. O sea que el sacerdote exorcista se somete a la opinión de la “ciencia médica”, si es que la psiquiatría pueda considerarse como una ciencia ya que los diagnósticos son consensuados y resultan de una votación. Y existen categorías nosográficas listas para etiquetar a este tipo de paciente... y colocarlos con la contención de una camisa de fuerza química. Si, luego de todo ello, el psiquiatra admite excepcionalmente que escapa a su capacidad, el sacerdote solicita un permiso individual al obispo para realizar exorcismos o plegarias de liberación.

Frente a tantos obstáculos le pregunto: “¿Padre, pero usted en 5 años cuantos casos ha tratado?”. “Ninguno” me contestó. “¿Usted no ha realizado ningún exorcismo?”. “No, no hay necesidad”. Entonces una capital europea, con millones de habitantes, y tantas cosas no tan santas, en 5 años, este sacerdote exorcista no detectó ni un caso.

Y me pregunto cómo Jesús en Cafarnaúm, que en esa época debía tener pocos miles de habitantes, encontró tantos poseídos o infestados. O todos los judíos de esa época eran infestados y nosotros en Bruselas, Madrid, Paris o Roma somos immaculados, o hay algo que se nos escapa. Si no se detectan, tampoco se actúa para liberar a los infestados. No le echo la piedra a este sacerdote porque sé que actualmente, sencillamente no se les enseña nada sobre este tema. Un sacerdote chileno, amigo mío, doctor en teología, me afirmó de manera ingenua que nunca tuvo una enseñanza sobre el combate espiritual. Se nombran a sacerdotes de buena voluntad, pero sin ninguna formación. Y sin embargo el tema está en cada página de los Evangelios...

Me parece muy grave para la salud de las personas, física y por supuesto espiritual. Estamos en una época donde hay una multiplicidad de prácticas ocultas, espiritistas, sectarias, satánicas, cosas terribles, grupos mafiosos... es terrible y nosotros los cristianos estamos ahí, esperando pasivamente a ver qué pasa, cuándo tenemos las herramientas del combate y de la victoria. Tenemos el poder de la Iglesia mediante la sucesión apostólica, el poder de Cristo en las manos de los consagrados, el poder de la Virgen que aplasta a Satanás, el poder de San Miguel como jefe de las armadas celestiales, el poder de la sangre de los santos y mártires... y ¡no se utiliza!

Así que creo que hay que des-racionalizar la fe, des-occidentalizar la Iglesia... acercarse al cristianismo oriental o a los cristianos de los pueblos ancestrales.

En 2006 en Taiwán, se realizó un congreso sobre chamanismo-cristianismo convocado por un obispo indígena de Taiwán. Las monjas y los sacerdotes de terreno que viven muy cerca de los indígenas dan cuenta que el chamanismo se tiene que valorar, considerar y mirar desde un enfoque renovado. Su trabajo es admirable y el informe de este evento casi revolucionario.

Para los religiosos o cristianos indígenas, se les pide de alguna manera abandonar su identidad, negar sus raíces, rechazar lo que es considerado como primitivo, pagano. Me parece profundamente erróneo, injusto y arrogante. La Iglesia se orienta a la prédica, a la evangelización, a la salvación... pero se olvidó de la sanación. Jesús sana primero y después predica. Manda también a sanar a los enfermos y liberar a los endemoniados.

Aquí en América latina, existen grupo de teología indígena o teología india, que se reúnen desde hace unos 20 años, creo. Realizan encuentros con indígenas cristianos y sacerdotes. Nunca participe, pero por lo que, visto en los reportes, recomiendan escuchar la voz de los pueblos indígenas. Así dice también el Papa Francisco con esta convocatoria de un Sínodo panamazónico para noviembre del 2019. Ahora bien, ¿cuál es la voz de las naciones indígenas? ¿Qué dicen? ¿Dónde se expresa la voz de los indígenas? ¿En publicaciones? ¿En textos? ¿En libros? ¿En discursos? ¿En YouTube? No, la voz de los indígenas se expresa en su práctica de sanación física, psicología, emocional y espiritual, en sus rituales, sus cantos sagrados o curativos, sus tradiciones.

Mientras uno no comparte la experiencia vivencial donde se encuentra con la modificación inducida y ritualizada de la conciencia, con o sin plantas, creo que no puede escuchar realmente la voz de los indígenas. Es sorprendente para un occidental, da mucho miedo, genera inseguridad. Tampoco se trata de idealizar el mundo indígena después de haberlo satanizado. Uno no tiene que dejar sus raíces occidentales, cristianas, para ingresar a esos espacios, como tampoco debe pedir al indígena abandonar las suyas para entrar en la Iglesia.

Pero, el cristiano podrá averiguar que sí los espíritus existen, que cualquiera lo puede experimentar, que se requiere de condiciones adecuadas. Mientras los grupos de teología indígena, india, no viven esa realidad, ¿qué podrán aportar? ¿Qué podrán recibir del mundo indígena si no quieren quedar en la postura del que da y no recibe? ¿Qué dignidad se ofrece a los pueblos indígenas si solamente se les considera como pobres e incapaces de aportar algo de su riqueza cultural o espiritual?

Los miembros de la Iglesia que participan a esos encuentros por lo general no conocen directamente, por experiencia propia, las vivencias propuestas por las medicinas tradicionales en su esfera espiritual. Incluso muchos indígenas cristianos que participan a esos encuentros tampoco siguen participando de esos conocimientos. Como si volverse cristiano implicaría renunciar a esa sabiduría ancestral.

He tenido una experiencia directa con un jefe indígena cristiano. Vino a Takiwasi por ciertas circunstancias de la vida y ¡por primera vez tomó ayahuasca y otras plantas maestras con un francés! Una paradoja que sea un europeo que le reconecte con su propia tradición... Ahora en los retiros cristianos con jóvenes han introducido el uso ritualizado de plantas como medio de purificación, de meditación, de apertura a la dimensión espiritual. La sabiduría ancestral fecunda el cristianismo y vice versa.

De hecho, esa reserva con la medicina tradicional tiene que ver con que también existe mucha brujería en los pueblos indígenas, y para ello también se usa plantas medicinales, inclusive la ayahuasca. Los indígenas tienen terror a la brujería a la cual están constantemente expuesto con riesgos de enfermarse, alocare o hasta morir. Muchos curanderos indígenas y mestizos, no sé si la gran mayoría, también aprenden algo de brujería supuestamente para defenderse de ataques de brujos. Son medio curanderos y medio brujos. La lucha contra los brujos es casi un combate cuerpo a cuerpo.

Yo también tengo que luchar contra los ataques de brujos, pero no cuerpo a cuerpo ya que pido la protección y ayuda de Jesús. En ese sentido se demuestra que no es necesario aprender brujería para defenderse. Eso representa una ruptura con la tradición guerrera indígena. No se requiere entrar en esas luchas con las mismas armas que finalmente llevan a convertirse a un brujo, aunque sea parcialmente. Pero sí se necesitan fe y una fe viva. Las agresiones de brujería, magia, hechicería, pueden perturbar muy fuertemente a nivel físico y mental. La tradición cristiana proporciona las herramientas espirituales para este combate. Jesús venció el mal. Por eso creo que la práctica cristiana de esas medicinas es un camino para la evangelización.

Sin embargo, la “evangelización” tiene que ser también recíproca. O sea, hay que aprender el lenguaje de los indígenas y dejarse instruir por su sabiduría. Para escuchar la voz de los indígenas, no se trata de realizar una encuesta sobre su manera de pensar o un estudio antropológico. No aportará gran cosa preguntar a los indígenas por ejemplo cómo ven la Iglesia del futuro. No es su manera de expresarse. Pero si se participa de sesiones de ayahuasca o de retiros de dieta en la selva, los cantos de sanación o

de enseñanza, los ikaros, van a decir 10 000 veces más que una declaración formal o un texto. Y se entiende este lenguaje universal no desde la mente sino con el corazón.

Se trata de otro lenguaje, un lenguaje metafórico, analógico, que pasa por el cuerpo y las emociones, que se dirige al cerebro derecho que tiene que ver con la intuición, la simbología, la poesía. El cerebro izquierdo más bien se expresa dentro un contexto de congresos, de conferencias, de enseñanzas formales. Esas formas occidentales, racionales, tienen su espacio y sus ventajas, pero no corresponden al lenguaje indígena. Son dos mitades diferenciadas y es tan difícil para los occidentales abrir su hemisferio derecho como es laborioso para un indígena ser operativo desde las funciones del cerebro izquierdo que no tiene entrenado.

El cerebro derecho no es accesible al discurso racional sino a la palabra ilustrativa, la parábola como lo hizo Jesús. Jesús no da clases de teología, sino procede con imágenes, aforismos, comparaciones. El mundo espiritual no se puede contener en un verbo racional. Es como en el amor. Si quieres a una mujer, qué le vas a decir: “¡Te quiero! Eres guapa...”. ¡Eso lo dicen todos! Para decir “tu” amor, de manera específica, tendrás que escribirle un poema o utilizar el lenguaje simbólico de las flores, con un dibujito muy personal... en fin, algo tuyo, único, singular.

Es otra palabra, una palabra diferente, una palabra metafórica, analógica, poética, simbólica. Y nosotros en el lenguaje occidental hemos perdido bastante de esa dimensión no racional, nos hemos empobrecido, reducido a lo funcional. Esta ampliación de nuestro verbo, es algo que nos pueden aportar los indígenas, entre otras cosas.

- **¿Quiere añadir algo para concluir esta entrevista?**

El aporte de las medicinas tradicionales bien aplicadas, insisto, bien desarrolladas, consagradas para decirlo rápido, con la oración, la colocación bajo la mirada de Dios, sin manipulación de las personas, interviene a punto en la actualidad, en este cambio de sociedad, de paradigma, para incorporar mejor la noción del espíritu. Podríamos decir que el Antiguo Testamento representa la teología del Padre, el Nuevo Testamento la teología del Hijo y recién estamos abordando la teología del Espíritu Santo. Teoría y Práctica.

Tampoco se trata de hacer una apología del uso de las plantas psicoactivas o sagradas de las medicinas tradicionales. De hecho, representan una vía extraordinaria de abordaje del mundo espiritual, del mundo invisible interior y exterior. Juegan un papel de facilitador, de mediación, pero no pueden considerarse como un fin en sí. Son medicinas que abarcan la dimensión espiritual, pero no constituyen una religión. Además, la dimensión espiritual que ofrecen es totalmente compatible y en sinergia con la fe cristiana, en las condiciones que señalé antes.

Enriquecen la vivencia de esta fe, la abren a otras dimensiones que hemos olvidado como son la corporeidad, la cartografía del mundo espiritual, la permanencia del combate espiritual... Ofrecen conocimientos que surgen de una experiencia milenaria.

Sobre el tema, se pueden hacer libros, películas, conferencias, entrevistas... todo eso está bien, pero hay un momento en que se tiene que vivir. Nada sustituye la experiencia directa, en su propio cuerpo.

Tampoco las plantas sagradas son el único camino. Por ejemplo, las experiencias del movimiento carismático tienen esa dimensión de sanación, de combate espiritual, de estados modificados de la consciencia. O los ejercicios espirituales de San Ignacio, para limitarse a lo cristiano. Se hace más presente recientemente la necesidad de tener más sacerdotes exorcistas. El Papa Francisco reconoció la asociación internacional de exorcistas. Es altamente deseable que se vayan profundizando las dimensiones del combate espiritual ya que para mí estamos realmente en una situación de emergencia espiritual. Frente al Mal, el Maligno, que invade nuestra época actual, hay que ser “astutos como las serpientes y puros como las palomas”.

Astucia no en el sentido de malignidad, pero como hijos de la luz frente a los hijos de la oscuridad, frente a las estrategias perniciosas de ciertos “hermanos”. Si pretendemos ser hijos de la luz, tenemos que meternos en esta lucha, atrevernos, a sabiendas que disponemos del potencial increíble que nos dejó Jesús y los siglos de experiencia acumulada de la tradición y vida cristiana, de la mística, de los santos. Hay algo de urgencia y no es para tomarlo como que “vamos a reflexionar, vamos a ver...”. Los fenómenos de crecimiento exponencial de las adicciones, de los incestos y abusos sexuales, de prácticas esotéricas y ocultistas cuando no satánicas, de la corrupción generalizada, del tráfico de personas, de las nuevas formas de esclavitud...no autorizan una actitud pasiva y contemplativa. La pedofilia en la Iglesia muestra que “el humo de Satanás”, como dijo Pablo VI, penetró hasta el corazón de la Iglesia. Son asuntos graves y muy serios que necesitan actuar y rápidamente, aunque siempre con prudencia.

Nuestra iniciativa en Takiwasi intenta demostrar que es posible llevar este combate, con nuestras limitaciones, por cierto. Propone salir de los debates teóricos para ofrecer hechos, pasar de la prédica a la vivencia. Y existen hechos concretos, chicos que salen de la adicción, gente que se convierte, cambios de vida, acercamientos tangibles entre el mundo indígena y el mundo occidental, y entre ambas espiritualidades.

Se reconocerá el árbol a sus frutos.